

OPINIÓN

Cuando el algoritmo no entiende el chiste: los límites de la traducción automática en redes sociales

Flavio Maino e Isidora Bravo Académicos Carrera de Traducción e Interpretación en Inglés Universidad de Las Américas

En un mundo donde una publicación puede cruzar continentes en segundos, la traducción automática se ha convertido en una especie de “intérprete invisible” de las redes sociales. Un clic basta para que un comentario en otro idioma aparezca, aparentemente, comprensible. Pero esa inmediatez tiene un costo: lo que se gana en velocidad, muchas veces se pierde en sentido.

Las redes sociales no son espacios neutrales ni formales. Son territorios profundamente marcados por una oralidad digital esencialmente cambiante y dinámica: memes, ironías, dobles sentidos, referencias culturales y, sobre todo, modismos. Y ahí es donde la traducción automática tropieza.

En un post no solo se comunica un mensaje directo, sino un contexto, una historia y una connotación cultural que, en conjunto, identifican a una comunidad. Entender un meme, no es solo comprender un contenido, sino también reconocer un código compartido y, con ello, sentirse parte de un grupo. Cuando alguien escribe “Triple Trumper”, no está describiendo literalmente una acción o un fenómeno. Está activando un código y, sin ese este, el mensaje se desarma.

Si bien los sistemas de traducción automática han avanzado mucho desde sus inicios, aún trabajan a partir de patrones y probabilidades. Tienen la habilidad de reconocer estructuras frecuentes, pero no siempre logran interpretar la intención detrás de una expresión y el resultado ineludible de esto es que las traducciones pueden ser gramaticalmente correctas, pero pragmáticamente absurdas o incluso culturalmente problemáticas. En ese desfase aparece la intraducibilidad: aquello que se resiste a ser plenamente trasladado entre lenguas.

En redes sociales, esto no es menor. Una broma, convertirse en una ofensa. Un comentario irónico, leerse como literal. Una crítica puede suavizarse o intensificarse sin intención. En un entorno donde las interacciones son rápidas y muchas veces impulsivas, estos desajustes pueden escalar fácilmente en malentendidos o conflictos.

Pero hay algo aún más profundo en juego: la identidad. La forma en la que nos expresamos en redes sociales es una extensión de quiénes somos. Nuestros modismos, referencias, incluso los errores, construyen una voz. Cuando esa voz pasa por el filtro de una traducción automática que no logra capturar sus matices, lo que se proyecta no siempre es fiel a quien está detrás.

Esto no significa que la traducción automática no tenga un valor. Al contrario, ha democratizado el acceso a contenidos y ha permitido interacciones que antes eran impensables. Sin embargo, su uso en redes sociales exige una mirada crítica. Entender que “traducir” no siempre es “comprender”, es un primer paso.

Quizás el desafío no es esperar que la tecnología lo resuelva todo, sino estar conscientes de sus límites y usar el juicio crítico. Leer con cautela, interpretar con contexto y, cuando sea necesario, preguntar antes de reaccionar.

Porque en redes sociales, a veces, el problema no es lo que alguien quiso decir, sino lo que una máquina decide que significa.